

CABALLOS, CANES, CONQUISTADORES Y CRUZADOS

Miquel Izard*

Oswaldo Bayer pormenorizaba recientemente algunas dificultades y sorpresas que enfrentó al iniciar las pesquisas, 1972, para escribir *Los vengadores de la Patagonia Trágica*. El estanciero Edelmiro Correa Falcón, ex-gerente de la Sociedad Rural de Río Gallegos, le dijo: "Yo creo que todo fue un malentendido [...] a[un] teniente coronel] Varela, a mi entender, se le fue la mano... casi nos deja sin peones para la zafra lanera del '22". El general Elbio Carlos Anaya, por su parte, enfatizó que "El Ejército había salvado a la Patria [...] de] una confabulación del gobierno de Chile"; al demostrarle Bayer la falsedad del contubernio internacional, el general respondió "Son inventos de los radicales"¹.

El mismo día que me llegó el recorte, una periodista española comentaba la película *JFK*, de Oliver Stone, y recordaba los obstáculos que tuvo, 1983, para escribir sobre el magnicidio. Insistía, han pasado "Treinta años de mentiras. Si no se le ata en corto, el poder suele actuar así: construye una realidad a su medida, con toda impunidad y desparpajo"².

El sistema (o el poder que es su ejecutor) miente por sistema, y a las mentiras, si se refieren a lo acontecido en el pasado, conforman la Historia Oficial (en adelante HO), expresión ya consolidada por la extraordinaria película de Luis Puenzo.

La cantidad de falacias es directamente proporcional a la de canalladas que se quieren ocultar o camuflar, y dado que, como ha recordado Todorov, "el siglo XVI habrá visto perpetrarse el mayor genocidio de la historia humana"³, la HO española sobre lo acontecido en América a partir de 1492, la Leyenda apologética y legitimizadora (en adelante Lal), es la esperpénticamente más enmascarada del pasado.

En efecto, la espectacular cultura material de los estados excedentarios aborígenes (en especial inca, chibcha y azteca), la esclavización, legal o no, de sus súbditos, la hecatombe demográfica, el contumaz rechazo a la colonización de la mayoría de naciones autosuficientes, la decisión de neutralizarlo exterminando a sus miembros (largo proceso que continúa en la actualidad) y el enfrentamiento de algunos estados europeos con la política imperialista de los Habsburgos, provocó una primera elaboración de la Lal, sacralizando la

* Universidad de Barcelona.

¹ Oswaldo Bayer, "A sangre fría. A 70 años de la Patagonia Trágica", PRIMER PLANO, suplemento de PAGINA/12, Buenos Aires, 9 de febrero de 1992, pp. 1-3.

² Rosa Montero, JFK, EL SEMANAL DE EL PAIS, Madrid, 22 de marzo de 1992, p. 6.

³ Tzvetan Todorov, LA CONQUISTA DE AMERICA. EL PROBLEMA DEL OTRO, México, 1989², Siglo XXI, p. 14.

colonización y denigrando a vencidos o resistentes. Estos estados europeos, rivales de Castilla, en base a denuncias de algunos conquistadores, elaboraron un discurso condenatorio, que provocó una segunda edición de la *Lal*. Mucho más tarde, a partir de 1892, surgió la tercera, para contrastar el impactante desprestigio del gobierno español, provocado por la divulgación de las canalladas cometidas contra los patriotas y el pueblo cubanos durante la segunda guerra por la independencia, que supusieron recordar las de la conquista de cuatrocientos años antes. Esta tercera versión, creció con la crisis española del 98 (vinculada a lo que algunos autores llaman la *pérdida* de las últimas colonias) o el intento de contrastar una nueva oleada de descrédito provocada por el asesinato legal de Ferrer y Guardia.

Por otra parte, desde 1810, quedó nítidamente patente que había y habría un españolismo criollo, como mínimo al describir conquista y colonización, a pesar del mensaje en apariencia contrario de las proclamas liberales secesionistas; mucho más tarde, con el triunfo final fascista en España, 1939, la *Lal* devino uno de los rostros del discurso oficial del nuevo orden y las editoriales franquistas sacaron aportaciones engendradas por latinoamericanos cercanos ideológicamente⁴.

1. El mayor genocidio de la historia humana

La canallada -pienso que la conquista puede calificarse así dado el papel jugado por los canes, como animales de guerra pero también como verdugos- la canallada, repito, fue de tal envergadura que incluso se ven obligados a mencionarla los perpetradores de la *Lal*.

Carbia recoge diversas referencias: según Fray Diego de Landa "Los españoles se establecieron en el Yucatán por el terror matando mujeres y niños"; el adelantado Pascual de Andagoya denunció las atrocidades cometidas por Pedrarias Dávila (texto en Fernández de Navarrete *Colección de viajes*, III, 396 y ss.); o los 14 sacerdotes lo ocurrido en La Española, desde la llegada de Colón hasta 1519 (*Colección*, Torres Mendoza, XXXVII): "Los castellanos mataban porque sí, hasta para probar la eficacia de sus aceros; ahorcaban sin repugnancia alguna; lanzaban perros famélicos en persecución de los indígenas que huían; cargaban a los aborígenes peor que si fueran acémilas; cortaban manos y arrancaban ojos" (57, 203-339, 58-59).

Navarro debe explicar las dificultades enfrentadas por misioneros, "Léase si no en las *Cartas de Indias* la que escribió en 1552 fray Pedro de Gante al emperador Carlos V, exponiéndole el estado lastimoso a que había reducido a los indios el servicio personal; léase también el informe que hizo en 1750 el padre Fr. Carlos Delgado a N.Reverendo Padre Ximeno sobre las execrables hostilidades y tiranías de los Gobernadores y Alcaldes Mayores

⁴ Para esta entrega de "Una mujer, una mesa y una cama", denuncia de la *Lal* en la que estoy trabajando últimamente, he utilizado libros (mencionados en la bibliografía final) de Carbia, profesor titular de la Universidad de Buenos Aires; Cuadra, presidente del Instituto Cultural Iberoamericano de Nicaragua; Escobar, abogado, conservador y católico colombiano; Navarro, abogado, crítico de arte, embajador, historiador y profesor ecuatoriano; Pereyra, profesor universitario mexicano; Sierra, ensayista e historiador argentino y Vasconcelos, político y ministro mexicano. Todas las cursivas en el texto son mías.

contra los indios en consternación de la Custodia del Nuevo México" (93). "El P. Niza siguió a los conquistadores [del Perú] en unión de sus capellanes, asistió a la terrible escena de Cajamarca [...] pasó con Benalcázar a la conquista del reino de Quito; más, horrorizado de las tropelías y matanzas que los castellanos cometían contra los indios, y las que no pudo evitar con todas sus protestas, se volvió a Guatemala" (106).

También menciona Navarro un enfrentamiento en Quito, 1545, entre los franciscanos y el primer obispo Garci Díaz Arias, pariente muy cercano de Francisco Pizarro y su capellán en el Perú, que contaba con el respaldo del Cabildo, hasta el extremo "que el mismo Obispo colocase en las calles que conducían al monasterio, a manera de centinelas *gentes de cuadras y esclavos* para impedir a los indios el acceso" (117-118).

2. La leyenda apologética y legitimizadora

2.1 La maravilla que fueron las Indias

El recurso más burdo de la *Lal* es mencionar lo acontecido de forma invertida, como en un espejo, así lo malo habría sido bueno, o lo injusto justo, hasta el extremo de presentar la colonización castellana como angélica y modélica. Menciono a continuación casos, bien poco ejemplares, de Sierra: a pesar de reconocer como hemos visto la violencia de la conquista, dice que después, "lo que perduró no fue ni el abuso ni la crueldad. España envió las leyes que las denuncias requerían y, con ellas, los magistrados probos que las hicieron cumplir sin miramientos ni acepción de personas. Esta es una verdad que se encuentra ampliamente documentada en los repositorios documentales de España y América" (18). El exabrupto puede ir más allá, el sistema español habría sido tan portentoso que "hay que buscar en ello la razón de los levantamientos populares que ensangrentaron los primeros años de la historia política del período independiente, determinado por la resistencia de las masas a renunciar a las esencias *liberadoras* que España había sembrado en ellas y a las que por tradición reconocían como verdaderas" (22). Y puede alcanzarse una más difícil todavía, si el colonialismo fue liberador, la salvación de América Latina es cambiar 180 grados el sentido del devenir, "Entre el comunismo, de una parte, y el imperialismo económico por otra, esos pueblos -nuestros pueblos- no tienen salvación, de no volver, siguiendo tras las huellas de los conquistadores, por los principios comunes de la Hispanidad, perfeccionando, de acuerdo con los nuevos tiempos, la obra que España inició entre ellos durante el siglo XVI" (33). Parecer (sin duda alguna opuesto al mencionado de Todorov) que se puede expresar a la fascista, "No pretendemos decir que el régimen imperante durante el período imperial de América fuera ideal, pero sí fue un régimen de *paz y tranquilidad*, un régimen en el cual el hombre alcanzó una plenitud moral que, se puede decir, perdió más tarde en los prodromos electorales del liberalismo" (109).

Un eje de la *Lal* gira sobre el trato recibido por los aborígenes y la falacia, además de grotesca, puede ser bien suscita, "El indio estaba hecho a obedecer y España le enseñó que tenían derechos y fueron españoles quienes se los defendieron" (73). Los aborígenes americanos vivían dispersos; incluso los más de las sociedades excedentarias residían cerca

de los cultivos, a pesar de sus ciudades mercantiles o ceremoniales, y uno de los rostros de la agresión fue, para controlarlos mejor como siervos, hacinarlos en dantescos poblachos. De nuevo la Lal invierte los términos. Así, "La reducción de indios a pueblos que Toledo realizó [...1568] fue una de las tareas más humanas y esenciales, a la par que de las más pesadas de cuantas llevó a cabo en su visita al virreinato. La brusca llegada de los conquistadores produjo la dispersión de la vieja organización social incaica; las guerras civiles posteriores agudizaron el mal, de manera que Toledo hubo de enfrentar el problema de atraer a los fugitivos, *darles tierras, defenderlos y reeducarlos*" (193).

Fue más positiva que la reducción a pueblo, en el mismo Perú, la organización laboral minera, "En el período precolombino las mitas habían sido forzosas y perpetuas, sin remuneración alguna, al servicio de los caciques; los españoles, al adoptarlo, pues no había otro medio para disponer de mano de obra, establecieron que las tareas de los mitayos debían ser remuneradas y temporales [...] Por otra parte, según la índole del trabajo, una legislación adecuada cuidó de que el indio no fuera sometido a condiciones y esfuerzos superiores a lo humanamente justo" (344)⁵. Parecer cotejable con la información de que a los mitayos enviados a la mina de Huancavelica se les rezaba el oficio de difuntos antes de dejar el pueblo, dado que jamás regresó ninguno⁶. También sorprende abusar con esta patraña cuando los estudiosos conocen a la perfección el abismo, en las Indias, entre legislación y realidad.

2.2 Sacralización del sistema

La Lal es asimismo apología de la sociedad excedentaria (otros la llaman liberal, burguesa o capitalista) dado que se implantó, de forma definitiva, merced a la plata y después los coloniales americanos, a la trata negrera o gracias a los ensayos realizados en el enorme laboratorio en que se convirtieron las Indias para averiguar cómo lograr que la gente trabajara o comprara más, a través de los corregidores de indios, pongo por caso. La apología tiene distintas variables: lacónica, para Carbia "la crueldad, el exceso, la perversidad y el delito no fueron lo normal, sino lo excepcional en la *hazaña* de trasladar a América la civilización del Viejo Mundo" (55), o barroca, para Vasconcelos, el revolucionario mexicano que devino notorio fascista, "hoy que ha cambiado el sistema de la conquista, que ya no es armada sino moral y económica [...] una insulsa palabrería sustituye a la dignidad del patriotismo y se disfrazan los testaferreros con sobrenombres tomados a la revolución rusa, al izquierdismo masónico: liberalismo, socialismo, revolucionarismo, ismos extranjeros y otras tantas máscaras de una dominación que ya no necesita ejercitarse con escuadras y ejércitos, porque le basta con el engaño, que fructifica en los clubes y luego estalla en las plazas con hedor de albañal y efectos de muerte, de

⁵ Parecer también compartido por un antropólogo marxista, el colombiano Guillermo Hernández Rodríguez: "Muchos indios de mita van a las minas y no regresan amparados por las cédulas reales que los protegen si desean quedarse en las labores de esa índole", o "La legislación de Indias ampara al mitayo con salario, ocho horas de trabajo, descanso dominical y ciertas condiciones de salubridad", *DE LOS CHIBCHAS A LA COLONIA Y A LA REPÚBLICA*, Bogotá-Caracas, 1978 (1ª edición 1949), Ediciones Internacionales, pp. 272 y 333.

⁶ Cfr. Pierre Vilar, *ORO Y MONEDA EN LA HISTORIA, 1450-1920*, Barcelona, 1969, Ariel, 151.

desintegración de una estirpe" (16-17).

Sierra, por su parte, podría ser digno precursor de la prédica posmoderna de este final del siglo XX que presenta al capitalismo como la quintaesencia de lo fabuloso, "uno de los aspectos menos estudiados de la expansión de la Hispanidad en América es el desarrollo que alcanzó la obra de beneficencia. Es una labor que vincula al poblador y al Estado en un mismo propósito de caridad, y demuestra la identificación de ambos en orden a los propósitos espirituales de la empresa indiana. Revela, además, la vivencia de un cristiano humanismo que, pese a la modestia de sus realizaciones dentro del cuadro inmenso del Continente, basta, por su significación, para decir de cómo España cruzó el mar para entregar a las nuevas tierras lo mejor de sí mismas" (293).

Dentro de esta línea, para Carbia, sostener que los indígenas abrían podido seguir en su nivel cultural, como hacía el alemán George Friedirici, es lo mismo que decir "que la civilización cristiana es inferior a lo que expresaba aquel estado embrionario de organización social [...] Y esto exhala un manifiesto espíritu pagano" (192).

Y de nuevo Sierra, igual que Reagan o Bush, justifica el pago de la protección, "España necesita oro para realizar la empresa de Indias. España lo necesitaba para conseguir la política de poder que el imperio se había trazado en Europa a fin de contener la total destrucción del universalismo de Occidente, que amenazaba romper la cohesión espiritual del Viejo Mundo. Si en América había oro, lógico era extraerlo. Había hasta una razón de orden técnico. América no disponía de una producción que pudiera pagar los gastos del trasplante a su seno de la civilización y la cultura de Occidente" (398-399).

2.3 Excelsos e infames

Como ha denunciado Todorov la primera violencia occidental se perpetró con el lenguaje. Se puede enmascarar el significado de la voz indígena *cacique* inventándole el sentido que ahora tiene en castellano, se puede tener a los asesinos por civilizados y tachar a los asesinados de bárbaros, se puede llegar al extremo de Vasconcelos, uno de los autores que más fastuosamente calificó a los agresores, así Cortés es "el más humano de los conquistadores, el más abnegado, se liga espiritualmente a los conquistados al convertirlos a la fe, y su acción nos deja el legado de una patria" (15). Puede ser todavía más enfático, "Los grandes desinteresados de la ilustre empresa vinieron después [de Colón]. Y llegaron con el garbo lusitano castellano, hechos a jugarlo todos a una sola carta; sin par estirpe de héroes atezados por la ambición de espacio, codicia de paisajes nuevos y hermosos, para recreo del alma y de gentes que conquistar para la fe y el convivio de lo sobrenatural" (26). Y al mencionar a Pedrarias Dávila, sin nada decir de sus canalladas, espeta: "Conviene insistir en la calidad superior de la mayor parte de esta gente española que vino al Nuevo Mundo" (31), e insiste, volviendo sobre México, "empezaron a venir de España hombres de primera para la importantísima labor de crear un país que había de ser núcleo del Imperio de Ultramar" (180). Lanzado por la pendiente del ditirambo es capaz de afirmar, "La política de escoger para el gobierno de la Nueva España hombres casi santos comienza con la segunda audiencia" (182).

Parecería que nuestros autores rivalizan para celebrar y exaltar a los agresores. Para Sierra "El sentido caballeresco de la fe que predomina en la España del siglo XVI explica

para esclavizarlos. En segundo lugar, las acusaciones impactaron entonces notablemente en la misma Castilla, obligando a los monarcas a reunir juntas de teólogos o elaborar legislaciones jamás cumplidas. En tercer lugar, los preceptos morales infringidos, prohibiendo o castigando el asesinato, la violación o el abuso con los débiles, son tan antiguos como la humanidad, regían miles de años antes de 1492 y no han variado. En cuarto lugar, los estados siguen abusando e irrespetando los derechos más elementales, ahora como a finales de la edad media o mucho antes, provocando denuncias como las del siglo XVI. Por desgracia tantos casos están en la mente de todos que es imposible mencionarlos, pero podría recordar a fuerzas parapoliciales asesinando niños en Brasil.

2.5 Providencial, teológica, españolista y franquista

Estas cuatro peculiaridades de la Lal están entrelazadas. No olvidemos que en 1936 la jerarquía católica en pleno bendijo la cruzada nacionalista de Franco (que no dudó en asesinar miles de personas para liquidar la resistencia al excederismo por el terror), proclamando al dictador brazo de dios; y de alguna manera es emblemática la dedicatoria del profesor Carbia que reza, y nunca mejor dicho, "A la España inmortal, católica y hacedora de pueblos, que ha sufrido -por ser lo uno y lo otro- los agravios de la envidia y las calumnias de los enemigos de su Fe: tributa este homenaje, de austera verdad histórica, un americano que tiene el doble orgullo de su condición de creyente y de su rancio abolengo español". En el texto dice "La Leyenda Negra, baldón [...] conseja [...] sobre] la empresa acometida por Castilla en su limpio empeño de transportar al Nuevo Mundo las formas estrictas de la vida cristiana" (9)⁷. Por razones semejantes justifica la prohibición por Felipe II de libros denunciando lo ocurrido, "Al monarca lo acuciaba un cristiano sentido de lo justo, y así como no se detuvo frente a la necesidad de castigar a los que caían en pecado poniendo en riesgo con ello la licitud de la ocupación territorial -destinada ante todo a propagar la Fe- tampoco se arredró ante la complementaria de defender a quienes reputaba calumniados" (200).

Escobar, por su parte, sintetiza este rol de España: "luchó contra las huestes agárenas que la habían conquistado y sojuzgado; llevó sus tercios invencibles a castigar la herejía que levantaba la cabeza en el norte de Europa; hundió en Lepanto la insolencia del Turco y el dominio de la Media Luna; despobló sus campos y sus templos al enviar sus

⁷ Los cultores de la Lal, en el siglo XVI o ahora, insisten en comparar la conquista americana con lo que ellos llaman cruzada de reconquista, supuestamente para rescatar la patria de unos invasores islámicos. Y no podemos olvidar que, después de 1492, conquistado el reino de Granada, los reyes de Castilla iniciaron el acoso ideológico contra los moriscos. En la imaginaria de los agresores era frecuente representar al apóstol Santiago derrotando a unos aborígenes luciendo turbantes u otros elementos atribuibles a musulmanes. Este mensaje fue recogido por creadores fascistas. Así el novelista Rafael García Serrano, autor también de LA FIEL INFANTERÍA, Editorial Nacional, 1943 y Premio Nacional de Literatura José Antonio Primo de Rivera, perfeñó una biografía novelada de Hernán Cortés, CUANDO LOS DIOS NACIAN EN EXTREMADURA (Madrid, 1949, Ediciones Cultura Hispánica, 373), en la que, reiteradamente los agresores llaman mezquitas a los templos del Nuevo Mundo (100, por citar un caso) y cuando llegaron a Tenochtitlán y vieron tanta gente un soldado exclamó "A más moros, más ganancia" (210).

A otro nivel, Cortés habría dicho en Tenochtitlán, "Es amor lo que me mueve a mí. También lo mío es amor. Quiero darles la verdad de Cristo, la verdad de España; quiero que florezca España aquí, sobre el dolor" (236).

la gesta americana" (21), y añade más adelante: "El régimen de los mayorazgos lanzó sobre América la flor de la hispanidad" (54). El abuso puede llevarle a remedar a Nietzsche, "Hambre, locura, nieves, soles tropicales, selvas impenetrables [...] todo lo vencen los hombres de España en una disposición máxima de energías, de impulsos generosos, de desinterés por la propia vida terrena; labor casi sobrehumana" (56). Y en la escalada puede llegar, por una parte, a introducir el mayor porcentaje imaginable de rimbombantes adjetivos de encomio, por otra al supremo camuflaje y, en tercer lugar, a descalificar a las víctimas adjudicándoles calificativos trastocados: "En el cuadro de la *epopeya* indiana lo que más se destaca es su valor *humano*. Las entradas son empresas de *riesgo*, que demandan *heroísmo* para exponer la vida, *desprendimiento* para gastar la hacienda y *audacia* para jugarse el crédito. Nada de eso pudo tener la *codicia* como único aliciente. Pedro de Valdivia [...] *asesinado* por los indios [...] Pedrarias Dávila [no menciona el etnocidio] pierde dinero y crédito y Vasco Núñez de Balboa, la vida [no dice asesinado]. Los alemanes [...] pierden vidas y dinero [...] Juan de Ayolas es *asesinado* por los naturales" (59-60).

Según Escobar, "Colón había abierto una ruta a los valientes, y la Península siempre ha estado habitada por bravos y atrevidos" o "Comenzaron entonces a surgir aquellos hombres de leyenda que, desafiando los mares, las selvas, los ríos gigantes y la naturaleza virgen que se oponían a su entrega, descubrieron, conquistaron y colonizaron un nuevo mundo" (101 y 102). Navarro, por su parte, menciona unos frailes "los primeros religiosos que iluminaron con la luz de la fe y de la *verdadera* civilización el *bárbaro* y *sangriento* Orinoco" (30).

Y se trata, a quienes denunciaron la violencia contra los aborígenes como a éstos, para Carbia "Igual aviesa tesitura espiritual se advierte también en los promotores de las ediciones del libro de Jerónimo Benzoni" (77-78).

2.4 De una época y una moral

Según socorrida defensa de la agresión occidental (y es mucho suponer que la tenga), cándida y necia a la vez, no se debe juzgar lo ocurrido en el siglo XVI con mentalidad actual. De nuevo Carbia sale a la palestra diciendo, al inicio de su obra, "Y no es que se pretenda justificar lo que no tiene justificación cristiana, sino simplemente mover a reflexión a quienes olvidando las diferencias de tiempo y de situaciones ideológicas, sentencian sobre asuntos del pasado como si se tratara de cosas de nuestra hora presente y de nuestra más íntima vecindad" (17). E insiste en la conclusión, "España no abrigó *jamás* durante la Conquista, la intención perversa de esquilmar a los indígenas -dueños naturales de las tierras americanas [...]. España, después de todo, gobernó su reino de las Indias con el criterio de los tiempos, y se cae en anacronismo imperdonable cuando se la censura porque no hizo las cosas como las haríamos nosotros, hombres del siglo XX, a quienes ha tocado en suerte gozar de los beneficios de un progreso que no fue el de los siglos coloniales" (251).

Diría que es falacia cuádruple. En primer lugar, las denuncias más implacables fueron de coetáneos de los hechos, no sólo criticaron las guerras de conquista, además, y por encima de todo, el trato que recibieron los agredidos, muchas veces sin ni siquiera la excusa de enfrentamientos bélicos, pues la mayoría, en una primera etapa, fueron cazados

campesinos y sus misioneros a sus dominios asiáticos y americanos; y se desangró de nuevo, en cruenta y fraticida campaña, para arrojar de su seno las ideas, principios y dictados del determinismo soviético y del materialismo dialéctico" (12). E insiste en perpetrar el pasado en capítulo defendiendo la inquisición: "No hay que olvidar que los judíos españoles habían dado la mano a los sarracenos para ayudarles a pasar el Estrecho y acabar con la dinastía cristiano-visigótica. [...] Los más peligrosos eran los llamados conversos: cristianos meramente de nombre, se habían introducido en la iglesia para poder herirla por dentro. Estos eran los verdaderos lobos disfrazados con piel de oveja, la raza de víboras y los sepulcros de hermosa apariencia. Allí estaba el peligro, y el Estado no podía menospreciarlo" (57-59).

Mientras para Vasconcelos "El mito Cuauthémoc [...] lo defienden los agentes indirectos del protestantismo que quieren borrar toda huella de lo español en América (15). Pero es quizás más sorprendente otra de sus afirmaciones, "Quiso la *Providencia* que con el triunfo del Quetzalcoatl cristiano que fue Cortés comenzase para México una era de prosperidad y poderío como nunca ha vuelto a tenerla en toda su historia" (179). Y nuestro autor insiste en su sacralización, "Ningún otro pueblo de Europa tenía en igual grado que el español el poder de espíritu necesario para llevar adelante una empresa que no tiene paralelo en la historia entera de la humanidad; epopeya de geógrafos y guerreros, de sabios y de colonizadores, de héroes y de santos que, al ensanchar el dominio del hombre sobre el planeta, ganaban también para el espíritu las almas de los conquistados [...] la nobleza de Castilla poderosa en el esfuerzo, virtuosa y clara en la acción, era la primera nobleza de Europa cuando se produjo la ocupación del Nuevo Mundo. Y fortuna fue de México el haber sido creado por la primera raza del mundo civilizado de entonces, y por instrumento del primero de los capitanes de la época, el más grande de los conquistadores de todos los tiempos, Hernán Cortés, cuya figura nos envidia el anglosajón, más aún que los territorios que su conquista nos ha legado" (14).

El nicaragüense Cuadra llamó al continente *Cristianoamérica* y pergeñó frases como las siguientes: "Y espada no significa guerra./Espada no es militarismo./ Es heroicidad./ Sentido heroico de la vida y de la historia./ Y este sentido sólo lo da la fe" (12-13). "Hispanoamérica necesita todo lo contrario de un catolicismo apolítico. Y lo contrario de un catolicismo apolítico no es un catolicismo político, sino una política católica" (23). "El indigenista que sólo se siente indigenista no llega a sentir lo mundial (lo universal) del Nuevo Mundo./ Tampoco es creador./ No tiene Historia [...] El indigenismo revolucionario de las izquierdas es una mezcla híbrida de Marx y de las Casas" (34). "En el barco Hispanoamericano, el timonel es lo español. Y el timón lo indio" (37). "El Protestantismo suele disfrazarse de Panamericanismo" (43). "Si toda esa inmensa España heroica de la Reconquista y de los Conquistadores fue obra del ejemplo de los santos, si la vida fervorosa, alta, engalanada de méritos y galana de aventuras de toda nuestra Hispanidad pasada, se debió a que su vitalidad la tomaba de los santos, yo invito a nuestros jóvenes a que lean y a que den a leer esa lectura de caballeros" (196).

Una de las variantes de la *Lal* recurre por sistema a comparar la colonización peninsular, excelsa, con la de otros estados europeos. Sierra teoriza al respecto, "El imperio inglés tiene un sentido territorial: se concreta en la geografía, no en la historia./ España posee el romano del imperio [...que] se integra, en España, con las influencias helénicas y, sobre todo, con el contenido humanista y ecuménico del catolicismo; lo que otorga al sentido español del imperio un contenido espiritual nuevo, que hizo de él un fenómeno histórico

original y no repetido" (66). El autor, proclamando su credo desde un buen principio, dice en el párrafo inicial de su obra: "lo que otorga a la empresa ser y sentido es que, tras la ruta que señala, todo un pueblo se lanza para transplantar consigo una forma propia de cultura y de civilización; todo un pueblo, con la cruz en la mano izquierda y en la diestra la espada, confundiendo a veces la una con la otra, se entrega al esfuerzo sin par que determina el futuro espiritual y material de un inmenso continente, de un mundo nuevo que los descubridores liberan de las tinieblas del conocimiento y los conquistadores de las de la barbarie [...] Es la profundidad de su sentimiento religioso lo que hace que sea España el primer pueblo que alcanza a poseer una conciencia social que no ha sido superada por ningún otro [...] es su conciencia social la que tras las jornadas de conquista, levanta ciudades, crea universidades y expande por el Nuevo Mundo las esencias de su cultura, dando personalidad y ser al hombre de Hispanoamérica" (11-13).

De esta conjetura se suceden concretos corolarios. Así se puede fantasear sobre psicología: "El español del siglo XVI busca la fortuna, pero no para lo que buscaría un hombre de hoy, sino para devolverla en obras de piedad o en dilapidaciones. Hay codicia en el conquistador, pero no avaricia. No atesora, derrocha" (54); tiene Sierra elucubraciones más complejas, tan fantasiosas, olvidar el maíz pongo por caso, como falaces: "Así como la economía de Hispanoamérica se asienta aún sobre la producción que España introdujo o desarrolló, así todos los frutos legítimos de la espiritualidad americana -no los otros, expresiones pasajeras de la moda- son brotes del viejo árbol hispano, que se reproduce bajo nuevas formas" (59). El discurso españolista, de peculiares connotaciones, perpetrado a mediados de este siglo supone adscribirse a una concreta corriente política. Para Sierra, en el período colonial "Había orden; un orden asentado en un bello equilibrio entre la sociedad y el hombre; lo había porque era una sociedad jerarquizada y todavía no habían aparecido los *partidos políticos*" (145).

La obstinada defensa de la colonización "española y cristiana" supone tratar de manera determinada a la mal llamada leyenda (pues no lo es) negra, obra según Carbia de "los que se alzaron en armas contra España [...] que] no tuvieron escrúpulos en la elección del instrumento con que se le podía herir" (68). El tema produjo pergeños sin par; según Escobar "La leyenda de la *Leyenda Negra Española* ha recorrido las páginas de la literatura occidental como viscosa alimaña, para mancharla con su baba y dejar allí una huella sucia e imborrable que recuerde a todos su veneno. El brillo de la gesta de los hechos heroicos de una raza de titanes ha sido tiznado y ennegrecido por ignorancia y con perfidia" y "La Leyenda Negra es la venganza de los corifeos del mercantilismo, del utilitarismo y del coloniaje comercial contra los corifeos del misticismo, del quijotismo y del coloniaje espiritual" (7 y 11).

Opina Cuadra que: "El primer conquistador liberal de América fue el Padre Las Casas [...] también el primer español *enemigo de España y, por lo tanto, el primer enemigo de los indios*. El Padre Las Casas, basado en la teoría liberal de la bondad natural del hombre, hubiera deseado la conquista de América como una campaña electoral y que la religión fuese aceptada por un plebiscito de salvajes. Baste un caso: cuando vino el obispo de Chiapas a Nicaragua, levantó una violenta campaña en contra del descubrimiento del Desaguadero y conquista de las regiones atlánticas [...] logró desbaratar la expedición que ya estaba lista. La costa atlántica no fue conquistada. Aún no lo ha sido. Gracias a su caridad insensata, los indios son allí todavía indios y vagan en la barbarie, esperando la Hispanidad" (cf. Casariego, 146-147). Y según Vasconcelos: "De allí que todo corazón bien puesto de

esta América hispana, indio, mestizo, mulato, negro o criollo, sienta las glorias de la España creadora" (12). Y en muy breve epílogo a la obra del general Casariego, que acabo de mencionar, dice el también mexicano Carlos Pereyra, "Yo estaré al lado del autor de este libro siempre que se trate de afirmar la grandeza de la obra de España, porque defenderé mis libros. Y no podré apartarme cuando se sostenga la *Cruzada civilizadora* que encabeza Franco, sean cuales fueren sus repercusiones en el mundo" (312).

De nuevo debo citar contundentes frases del argentino Sierra: "Las guerras de Flandes fueron un error, pero era una cuestión de honor. Y a esa clase de citas el español nunca falta" (449); destaca de nuestro siglo "Dos hechos auténticamente legítimos: la revolución rusa y la guerra española. La primera es hija de la Reforma; la segunda, de la mal llamada Contrarreforma" (457); y sostiene en el apartado dedicado a la Hispanidad, "la Humanidad se encuentra dividida entre dos campos ideológicos, mas se equivocan quienes creen que es el de la lucha del proletariado contra el capitalismo, entre los restos del demoliberalismo y las formas absorbentes del Estado; [...] la lucha es entre Cristo y el Anticristo, entre el Bien y el Mal, entre la verdad y la mentira, entre el catolicismo y el comunismo materialista, entre la Hispanidad y esa falsa Europa que termina en los Pirineos [...] la trinchera salvadora del catolicismo, la trinchera de Cristo será la Hispanidad. Sólo ella siente la fe como una milicia, porque sólo en el hombre de la Hispanidad se une el caballero al cristiano" (456).

Insisto, la *Lal* sacraliza por sistema; dice Sierra, "Para nosotros, la Historia no es un mero fenómeno externo, sino algo que tiene un significado absoluto relacionado con la vida absoluta, algo vinculado a los fundamentos mismos de la existencia. La Providencia confió a España una misión trascendental al hacer que fuesen sus naves, después de la Reconquista, las que descubriesen el Nuevo Mundo. La Providencia había dotado a España de los instrumentos humanos para realizar la *última gran cruzada* de la cristiandad, y la única entre todas que logró sus propósitos. [...] Para nosotros lo esencial [la intervención de la providencia] en la historia de América, es la de sacar a América de la barbarie y situarla, aislada y unida, en el centro de la más alta cultura católica de occidente, que fue la España del siglo XVI [...] En la hora que escribimos [1952], cuando las cosas que parecían más fuertes se derrumban, cuando las ideas hasta ayer tenidas por verdad se esfuman, España mira hacia América y advierte que su fe y su estilo subsisten poderosos y con afanes de proyección en la Historia, y es ella la única nación del Viejo Mundo que puede afirmar que su perdurabilidad está asegurada, aunque sólo sea espiritualmente. La atomización que aqueja al Imperio inglés no deja tras sí una britanidad" (425-427).

2.6 Racista, machista, etnocéntrica y ecocida

El concreto sistema que los agresores pusieron en marcha en América pivotaba sobre la esclavización de los aborígenes excedentarios, la hecatombe supuso traer millones de africanos para que los escasos sobrevivientes trabajasen como siervos en las plantaciones, por añadidura, insisto, los occidentales enfrentaron contumaz y decidido rechazo de la mayoría de las sociedades autosuficientes. Todo ello implicó que el discurso de los invasores reuniera las peculiaridades mencionadas en el título del epígrafe: se ningunearon aborígenes de Africa y América y éstos eran presentados simplemente como *salvajes*. Se

menospreciaron las culturas de los estados excedentarios, aunque a muchos niveles, como mencionaron los mismos cronistas, eran más espectaculares que las europeas contemporáneas. Se llamaron *feras* a los miembros de las sociedades autosuficientes, sencillamente porque, de manera voluntaria, vivían de la caza, la pesca y la recolección y bien poco de la agricultura.

En demasiados casos autores actuales siguen utilizando las mismas patrañas que se inventaron los conquistadores para justificar lo que ellos perpetraron y suficientes coetáneos denunciaron. Así, reconoce Navarro, "Es indudable, y como tal por todos confesado, que los conquistadores no se preocuparon de estudiar las características de los pueblos americanos vencidos, y aún más ni se preocuparon de recoger la propia historia de la conquista y colonización del Nuevo Mundo. Consideraron todo lo que pertenecía a la raza vencida como indigno de sus preocupaciones y en el desprecio que por ella tenían, sólo se cuidaron de arrasarla de su propio territorio para edificar sobre sus escombros el edificio de la prosperidad en que soñaban" (97-98).

Vasconcelos nos sorprende de nuevo con pareceres grotescos, "Nada destruyó España, porque nada existía digno de conservarse cuando ella llegó a estos territorios, a menos que se estime sagrada toda esta mala hierba del alma que son el canibalismo de los caribes, los sacrificios humanos de los aztecas, el despotismo embrutecedor de los incas" (13). Opinión pareja a la de Sierra, que recurre al viejo y manido truco de descalificar otras culturas porque no se sirven de los mismos mecanismos que la nuestra, "Cierta indigenismo, de notoria filiación extranjera, pretende demostrar que España destruyó en América una problemática civilización. Basta recordar, para comprender el grado de primitivismo de las más avanzadas, que no habían alcanzado a utilizar la rueda; no habían logrado domesticar ningún animal de tiro, y en materia de escritura no habían pasado de la reproducción gráfica de las cosas que querían referir [...] lo que equivale a demostrar que carecían del instrumento sin el cual toda alta cultura es imposible. Si frente a eso colocamos la primera carta de Hernán Cortés al emperador [...] se comprende que no en balde siglos de elaboración espiritual consciente separan a una de otra cultura" (57-58).

El mismo Sierra perpetra una generalización descalificando a los aborígenes en general, "El gran drama de la conquista es que el indio carece de conciencia histórica; es un ser sumido en el destino, pero que no ha salido del estado de naturaleza. La dificultad con que tropieza el misionero es que el indio carece de nexos tradicionales que le permitan reconocer las tesis *liberadoras* que el evangelizador lleva consigo, y error de casi toda la historiografía americana es no haber medido la magnitud de esa circunstancia. No bastaba decir al indio: 'Tú eres libre [...] el indio no podía entender ese lenguaje, porque el problema de la libertad no existía en él'" (67-68). Y el racismo podía ser, en apariencia, más sutil, "El indio, por lo común, era dócil para aprender. Algunas razas se destacaron por una sorprendente capacidad imitativa, que permitió obtener manifestaciones artísticas que pueden engañar respecto a sus facultades creadoras, porque no era lo mismo cuando debían pasar de la imitación a la creación" (73). Pero también podía expresarse brutalmente, "Zonas hubo, tal la de Tucumán, en que el indio, haragán e incapaz de todo esfuerzo metódico, sin curiosidad y sin espíritu, determinó desarrollos precarios de las actividades económicas, y otros, como en México y Perú, todo lo contrario, por la facilidad con que los naturales aprendían cuanto se les enseñaba por su gran capacidad imitativa" (411-412).

El etnocentrismo puede dedicar atención especial a las naciones autosuficientes y basarse en escritos de misioneros que, resentidos por el ningún eco que encontró su prédica,

lo atribuyeron a una supuesta incapacidad de los aborígenes para captar el mensaje evangélico. Según Sierra "Cuántos esfuerzos se realizaron para hacer penetrar normas de civilidad entre los indios pampas o araucanos, fracasaron rotundamente. Zonas hubo, como la que integra la actual Argentina, en la que sus naturales, de vida selvática y nómada, resistieron por temperamento, por hábito y hasta por depauperación fisiológica, todo esfuerzo metodizado" (22-23). E insiste, "¡Cómo evangelizar a aquellos indios californios que carecían de todo cultivo o crianza y ambulaban comiendo hojas, escarabajos, *huesos*; lo que se presentara!" (72). Más adelante dice comentando los bautismos en masa, "No podía ocurrir lo mismo con todas las razas, pues algunas, *por su atraso mental*, ni siquiera alcanzaron una completa conversión" (76).

La Lal es también machista. Tara de cualquier sociedad desigual e injusta, la colonial no sólo lo fue en grado superlativo, por añadidura las mujeres aborígenes sufrieron triplemente la violencia sexual, por mujeres, por vencidas y porque entre los invasores los hombres eran muy mayoritarios. La Lal, a este nivel, puede mentir o, me parece peor y doblemente machista, culpar a la misma mujer. De nuevo Sierra resulta bien poco ejemplar, "Las leyes [de Indias] defendieron a la mujer india de abusos, prohibiendo el trabajo de las minas en determinadas condiciones, y sus tareas fueron reglamentadas con un sentido humanístico que parece propio del presente, a fin de liberarlas de toda explotación, sobre todo en el servicio doméstico. Si no siempre los propósitos de la Corona procurando elevarla social y moralmente se cumplieron, no fue culpa sino de las propias indias, a las cuales siglos de sumisión las tornaron en muchos casos impermeables a todo sentido liberador. España enseñó a los indios que no regalaran sus hijas, que respetaran sus hogares. Forjó en ellos el sentido de la familia, en la que a la corta o a la larga se impone la mujer, dignificada por su función de madre y esposa. Si el ser y la personalidad de Hispanoamérica tienen un contenido esencial, es la fortaleza y la unidad de la familia y el respeto que en su seno se guarda a la mujer" (289-290).

Este discurso, grotesco y falaz, utiliza los mismos sobados recursos de los más burdos anuncios. El novelista García Serrano, mencionado en la nota anterior, tenía una especial inquina, como todos los oficiantes de la Lal⁸, contra fray Bartolomé de las Casas. A lo largo de la biografía novelada de Hernán Cortés le llama fray Bobo, san Memo, bendito mentecato, sor melindres, culminando con la frase, "Cuando no se entiende de cosas de hombres y se tiene vocación religiosa, mejor es quedarse en un convento de monjas, aderezando dulcecitos y enaguas para el Niño y poniendo flores en los altares" (71).

2.7 Exageraciones, falacias y mentiras

Como cualquier variante de la HO la Lal está montada, en buena parte, con todo tipo de infundios, embustes y falsedades. Algunos sólo son pequeñas exageraciones, así

⁸ Ramiro de Maeztu (DEFENSA DE LA HISPANIDAD, Valladolid, 1938³, se, 361), por citar un caso, decía del fraile, "con una caridad tan arrebatada, que no paraba mientes en abultar, agrandar y exagerar las crueldades inevitables a la conquista" (118).

fantasear sobre la extensión controlada por los occidentales. Es sabido que éstos se asentaron sobre los tres o cuatro estados aborígenes, los pequeños territorios vecinos y algunas costas, espacio que no llegaba al 10% de todo el continente. Al contrario afirma Sierra que, a finales del siglo XVI, "en menos de 80 años las posesiones españolas se extienden, poco más o menos, entre los 41° de latitud austral y 37° de latitud boreal" (55). Otra frecuente falacia menor consiste en sobrevalorar los productos europeos. Según el mismo autor, "Sin la vocación agrícola [castellana] habría sido difícil el trasplante de la producción alimenticia europea a un mundo cuya fauna y flora, exuberante para los sentidos, ofrecía magras posibilidades de estabilizar poblaciones *debidamente* alimentadas y con perspectivas económicas que las afirmaran" (381). Los despropósitos en esta línea no tienen ni fin ni desperdicio, van desde afirmar algo tan indemostrable como que "los cerdos [...] proveen de una carne más sustanciosa que la de los venados y conejos salvajes de que se disponía" (377), hasta exageraciones del tipo "En América había que comenzar por construir un *nuevo* calendario agrícola; era preciso adaptar las semillas; necesario, educar al indio, que desconocía el arado y la rueda" (378), cuando ya nadie duda de que la agricultura americana aventajaba a la europea coetánea en variedad, rentabilidad, productividad, uso del agua o abonos o ecologismo.

Hay mentiras más candorosas si cabe. Para Navarro, "Los trabajos y penas que los franciscanos sufrieron en aquella horrible época [inicios de la colonización] fueron espantosos, *aunque carezcamos de detalles*. [...] Pero persistieron y todas las ciudades] y hasta el mismo *legendario* Dorado, aparecieron cubiertos con el manto franciscano de la paz, el más fuerte protector de la civilización entre la barbarie primitiva americana" (28-29).

Se pueden sacralizar otros aportes culturales occidentales, una lengua, una religión o la imprenta y Todorov ha recordado que se transplantaron sin preguntar a los aborígenes si les interesaban. De nuevo puede fantasear de manera grotesca, como lo hace Sierra: "el hecho básico de la civilización y de la cultura hispanoamericana es un triunfo de la cultura y de la civilización cristianas, y por serlo, la labor de España en América fue un triunfo del sentido de la *libertad* de la persona humana [...] la historia de América se inicia cuando España descubre y cuando ella descubre, a través de España, la libertad. Pero no cualquier libertad, sino aquella que basada en la tesis cristiana de la gracia, surge como expresión del amor al prójimo y del amor a Dios" (15-16). Es comparable el parecer de Navarro, la enseñanza artística "de los franciscanos no les hacía descuidar el *deber* que tenían como religiosos misioneros: la evangelización de los pueblos. En este punto su trabajo y celo adquirieron también proporciones *inverosímiles*. Basta saber que en quince años, de 1524 a 1539, bautizaron entre chicos y grandes, niños y adultos, en la comarca de México [...] y sus provincias, más de cuatro millones de indios. Y hasta el año 1540 más de seis millones [¡1.027 diarios!] [...] el bautismo se hacía por partidas de centenares de una sola vez. [...] Algunas veces los jefes se presentan a la cabeza de treinta o cuarenta mil hombres para hacerse bautizar" (80-81).

La violencia, física, ideológica o sexual de los agresores, de sobras conocida y denunciada, es en la práctica imposible de escamotear, y se recurre a diversas patrañas para contrastar una realidad, que la *Lal* llama de forma abusiva leyenda negra, pues no se trata de una leyenda sino de hechos bien documentados. Según una variante fueron sólo casos excepcionales; así, dice el profesor Carbia, "si bien es cierto que [...] en las empresas de *pacificación* se cometieron abusos, desmanes y *hasta* crímenes horrendos, en ningún caso [se] nos ofrece base adecuada para que se generalice a toda la obra hispánica lo que fueron

episodios esporádicos de ella" (66). Otra variante defiende que la violencia no sólo fue excepcional, por añadidura fue drásticamente sancionada. Insiste Carbia, "Pues bien: los archivos españoles y muchísimos americanos están henchidos de papeles que hacen denuncia de lo severa que fue la represalia [sic] por parte de la autoridad legal. *Nadie*, sin que valiera en contra consideración alguna, escapó al castigo, que llegó más de una vez a ser tremendo" (64-65). Nuestro autor insiste en las conclusiones, añadiendo otro curioso matiz, la violencia occidental habría sido la respuesta a la de los aborígenes que habrían osado defenderse. "La leyenda negra hispanoamericana es un engendro sin ningún fundamento histórico que ha servido de arma para combatir a España y no pocas veces a la Iglesia". Y "En ciertas expediciones de la Conquista, sin duda alguna, se cometieron excesos, delitos y muchos actos dignos de censura; pero para sentenciar acerca de ellos es de todo punto de vista necesario considerar: a) que constituyeron lo excepcional [...]; b) que en muchos casos los excesos de los españoles fueron la reacción natural de lo que contra ellos hicieron los aborígenes, los cuales distaban mucho de ser los mansísimos corderos de que nos habla Las Casas; c) que en *toda* oportunidad, los desvíos de conducta resultaron de la transgresión de la ley y fueron *castigados severamente* en virtud de serlo" (246 y 250).

Otra variante, que vuelve a estar de moda, consiste en descargar, de manera absurda, la responsabilidad en el mismo Continente. América, salvaje, cruel o exhuberante, habría provocado los excesos. Sierra dice, mencionando la canallada de manera subliminal, "El mejor aporte que Carlos Pereyra dejó a la historiografía de Hispanoamérica fue haber comprendido con perspicacia lo que la empresa debió a la propia América al demostrar que fue a base de elementos arraigados en sus tierras, u originarios de ellas, con lo que se llevó a cabo. Salvo la expedición de Pedrarias Dávila y la de Pedro de Mendoza, las de la conquista surgieron de la misma América [...] Cuando la producción de las islas asegura bases de aprovisionamiento y la fusión de lo telúrico americano y lo tradicional hispano forjan el soldado de la conquista, se fundan los primeros centros continentales [...] El hombre que conquista y funda ciudades es siempre un hombre de España formado en América o un hombre de América formado a la española" (33-35)⁹. E insiste de inmediato, aprovechando para emitir el consabido mensaje racista, "No se puede negar que hubo luchas crudelísimas, en las que el proverbial coraje del soldado español puso a prueba, una vez más, sus aptitudes para la guerra; pero tampoco cabe olvidar que el indio era portador de una conciencia de sumisión que no se debe desdeñar como factor coadyuvante al *éxito* de las empresas que la conquista impuso [...] Hubo lucha del conquistador con el conquistado, pero la necesidad de que para su formación necesitara el primero un aprendizaje americano surgió de que la empresa de conquista fue, más que lucha del hombre contra el hombre, lucha del hombre contra la geografía (35-36).

Es del profesor Céspedes la curiosa modalidad fatalista de esta variante: "El equilibrio ecológico en México central era tan desfavorable, y la superpoblación había alcanzado un punto tan crítico, que algún desastre demográfico hubiese ocurrido en el siglo XVI, aun sin la presencia de conquistadores extracontinentales que, como veremos,

⁹ Dice Pereyra textualmente, "No hubo una sola expedición importante en que estuviese ausente el factor americano. Los jefes y soldados eran europeos, pero educados o reeducados en América. Los pocos caballos con que contaban procedían de sus estancias. De ellas sacaban los cerdos que solían llevar vivos a las expediciones, y el tocino" (35).

aceleraron y agravaron la catástrofe"¹⁰.

Sierra aporta otra justificación, suprema, "Desgraciadamente, el indio no fue colaborador en esta acción protectora de sus intereses; por el contrario, contribuyó con su pasividad, consecuencia de siglos de sometimiento a sus régulos y caciques, a que fuera explotado. Quienes los defendieron fueron los españoles, pues es notorio que los caciques fueron los mejores aliados de sus explotadores" (343).

2.8 Violencia o mestizaje

Si la hecatombe fue el resultado más conocido y denunciado de la violencia material, el enmascaramiento del mestizaje fue el mayor despropósito. Millones de naturales padecieron los atropellos de los conquistadores, pero millones de mujeres aborígenes sufrieron el doble, la violencia sexual, además, al ser violadas con total desprecio por los más mínimos derechos de la persona. Por añadidura, el abuso ha sido presentado como positivo por la *Lal*, mientras el machismo, otra herencia colonial, sigue perjudicando a las mujeres en América y embruteciendo a los hombres. Ya hace muchos años la profesora Laurette Séjourné, en una obra a mi criterio ejemplar, se admiraba por la cuestión, "el suicidio de vírgenes violadas, así como el asesinato por los españoles de las recalcitrantes, en esos países en los que la virginidad carecía de valor social, demuestra el respeto por la libre decisión individual de la que los indígenas sabían, ellos sí dar prueba"¹¹.

Hay, al respecto, juicios bien poco ejemplares. Para el profesor Morales Padrón, "[el indio se defiende del conquistador] lo rechaza o acaba replegándose mientras sus mujeres *se entregaban* al blanco para originar lo mestizo [...] El soldado hispano, con armadura, cabello corto y barba, ejerce cierta atracción sobre la mujer cobriza *primitiva*, que por otro lado, y según autores, comprobó que el blanco era un instrumento de *mayor placer* que el indio. / Los mismos indígenas *fomentaban* esta unión [...] / Si el indio no *la ofrecía* el español la tomaba"¹². Opinión, la del *placer*, escrita sin duda por varón blanco. Otra conocida versión presenta el mestizaje no sólo como uno de los beneficios de la colonización hispánica sino como prueba de un supuesto no racismo de los ibéricos. Para el inefable José María Pemán, "Esta política de unión *amorosa* con los pueblos salvajes conquistados es una de las glorias mayores de España. [...] El resultado de esta política cristiana, fue que los países que España conquistó en América son hoy pueblos civilizados, cristianos, de tipo europeo. Las razas se han unido estrechamente en ellos, dando lugar a los 'mestizos', 'criollos' y 'mulatos' [...] Los demás pueblos no han sabido hacer esto. [...] Sólo España y Portugal han civilizado un Mundo"¹³. Por su parte Sierra afirma en el apartado "Dignificación y educación de la mujer": "El cristianismo rehabilitó a la mujer en las costumbres [...] que] pudo tomar parte activa en el proceso de la civilización occidental, porque la Iglesia labró

¹⁰ AMERICA LATINA COLONIAL HASTA 1650, México, 1976, SepSetentas, 91.

¹¹ AMERICA LATINA. I. ANTIGUAS CULTURAS PRECOLOMBINAS, Madrid, 1971, Siglo XXI, p. 93.

¹² HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMERICA, Madrid, 1971², pp. 248-249.

¹³ LA HISTORIA DE ESPAÑA CONTADA CON SENCILLEZ, Cádiz, 1939, Cerón, pp. 241-242.

el pedestal que ocupa en la familia [...] El primer ser al que el español procura dignificar en América es a la mujer india" (281).

2.9 Ocultar los problemas morales en el desván de la vileza comparada

Otra manida, y en apariencia ingenua, forma de justificar lo que, insisto, pienso que no tiene justificación, sostiene que los demás pueblos conquistadores se comportaron de manera pareja o, incluso, peor. Escobar, que niega por sistema desmanes de los agresores, opina "¿Yerros? los hubo muy grandes ¿Qué obra humana no adolece de ellos? ¿Injusticias y malos tratos? Los propios de la época, ni más ni menos. No es justo, en consecuencia, que toda una nación magnánima cargue con las culpas de algunos pocos de sus hijos. Hecho el balance imparcial, el resultado es no sólo favorable, sino de alteza suma y de bondad eminente" (115). El profesor Pereyra dice por su parte: "La guerra, y particularmente la de conquista, presenta siempre un fondo sombrío de pasiones [...] Una parte de la conquista sí se hizo para someter a pueblos conquistadores que practicaban la guerra con todas sus crueldades [...] hasta] la esclavitud o el exterminio" (225-226). Para insistir más adelante, "La supremacía de los aztecas se fundaba en el terror [...] Toda la falsificación histórica lascasiana consiste en haber creado un indio ideal, pacífico, ocupante de un territorio que cultivaba con el sudor del rostro" (233). Y cierra su discurso enfatizando: "Cuando Pizarro mataba al Inca Atahualpa, que no era sino un rebelde y un usurpador sanguinario y fratricida, Enrique VIII de Inglaterra asesinaba a su mujer" (256). Y añade una larga lista de violencias en Europa y Estados Unidos. Recurre además Pereyra al sobado subterfugio de argumentar, con toda clase de documentos y datos, que no fueron cuarenta millones los aborígenes asesinados, como si importara la cantidad y la mitad de esta cifra implicara un etnocidio menos grave, y olvidando, se hace con machacona insistencia, que el hecho esperpéntico no fueron los muertos, todos los aborígenes eran mortales, sino el que, ante la violencia de los agresores, doble para las mujeres lo acabo de recordar, éstas se negaran a parir y no repusieran a los fallecidos.

Otra socorrida comparación, también muy extendida, compara la violencia de los agresores con la aborígen, enmascarando, por sistema, que sólo se dio en los contados casos en que se aceptó un estado. Este recurso, que no lo es, a la vileza comparada es cotidiano. En un reciente artículo institucional, Luis Yáñez, presidente de la Comisión Nacional para el Quinto Centenario, opinaba: "Qué duda cabe de que toda conquista es un hecho traumático". Lo que es indudable, pero el meollo de la cuestión es preguntarse si las conquistas pueden celebrarse. Por su parte el profesor Elliot, en la conferencia inaugural del primer congreso anglo-español de hispanistas, insistió en que los ingleses también tienen su leyenda negra¹⁴.

Puestos a buscar explicaciones pueden encontrarse algunas todavía más estrafalarias. El profesor Céspedes señala: "Juicios muy frecuentes sobre la codicia y crueldad de los conquistadores deben ser valorados teniendo en cuenta el casi siempre precario o desastroso

¹⁴ Cfr. "El año del Quinto Centenario, EL PAIS, Madrid, 23.I.1992 y la reseña del Congreso EL PAIS, 25.III.1992.

estado de sus finanzas y las infinitas situaciones de matar o morir en que, sin otra escapatoria posible, se hallaron muchas veces" (36). Mientras Sierra opina: "Se olvida que si España mantuvo su soberanía en el Continente durante tres siglos, sin fuerzas de ocupación, sin alambradas y sin presiones, fue porque mantuvo una política económica que evitó lanzar las masas a la depauperación desesperante, manteniendo un equilibrio social que fue fuente de orden y bienestar, durante el cual se afirmaron definitivamente los propósitos espirituales de la empresa de Indias. Se olvida, sobre todo, que semejante esfuerzo costó a España perder la posición económica que alcanzó durante la primera mitad del siglo XVI, la que pudo haber desarrollado progresivamente si se hubiera resuelto a explotar el Nuevo Mundo como ingleses y holandeses explotaron sus posesiones ultramarinas" (402).

2.10 La obra civilizadora de España

Otro ardid de la La es elaborar un discurso enfatizando que, a pesar de la violencia o la rapiña, los aborígenes todavía ganaron con la colonización occidental. Para ello, por supuesto, debe insistirse en atraso, salvajismo o violencia de los colonizados. Para Sierra, "Y es que si no se sabía valer más que la propia vida, si no se tenía fe en el juicio final, sin el sentido trágico de la vida del español del siglo, la conquista no se habría realizado como lo fue. A lo sumo se habrían fundado, en las extensas costas del Nuevo Mundo, algunas factorías para intercambiar con los naturales a cambio de baratijas; pero nunca se hubiera logrado el trasplante *maravilloso* de toda una civilización a otro mundo; mundo que hoy, por la acción de aquellos hombres, reza a Dios, dice de sus amores y de sus penas, canta la belleza y repudia el mal, y todo eso lo hace en español" (61); machaca la vieja cantinela, los occidentales llevaron cultura, por añadidura, una bien concreta, "Si algo otorga peculiar jerarquía histórica al siglo XVI, es, más que el hecho de la conquista, la gestación del fenómeno, sin par, del trasplante de la cultura de un mundo al otro [...] / Es la base religiosa sobre la que se apoya el trasplante cultural que España realizó en América durante el siglo XVI, lo que asegura su perennidad [...] no es una cultura impuesta, sino una cultura aceptada" (171-172); afirma, más adelante, que la plata "atrajo hombres, pero con ellos importó cultura, bienestar y pudo realizarse el trasplante espiritual y material que concreta la acción de España durante el siglo XVI, con el que forjó de arriba a abajo un continente nuevo, en el que lo enseñó todo: desde *comer* y *vestir*, hasta las altas especulaciones metafísicas, para dotarlo de un ser y de una personalidad inconfundibles. / Reconocer estas verdades no es subvalorar nada; es, simplemente, poner las cosas en su lugar. Es, además, demostrar que el único auténtico beneficio por la explotación minera fue la propia América" (424-425).

Mientras Vasconcelos, de nuevo en curioso ejercicio de inversión, ruega a los aborígenes que reconozcan que "había más oportunidades [...] en la sociedad cristiana que organizaban los españoles que en la sombría *hecatombe* de las tribus anteriores a la conquista" (17).

La historia puede devenir, insisto, mera pirotecnia, fastuosa verborrea para enmascarar realidades vergonzosas o intento de hacer pasar como válidos embustes que nada tienen que ver con el pasado, y pueden perpetrarse ejercicios retóricos como los que transcribo como conclusión. Según Maeztu, el fascista de la generación del 98, "El valor

histórico de España consiste en la defensa del espíritu universal contra el de secta. Esa fue la lucha por la cristiandad contra el Islam y sus amigos de Israel. Eso también el mantenimiento de la unidad de la cristiandad contra el sentido secesionista de la Reforma. Y también la civilización de América, en cuya obra fue acompañada y sucedida por los demás pueblos de la Hispanidad [...] guardianes de los inmensos territorios que consituyen la reserva del género humano"¹⁵.

Por su parte, el profesor Hernández Sánchez-Barba, preguntándose por qué algunas naciones del norte de la Nueva España se defendían atacando, sostiene: "Los apaches hacían la guerra por dos razones: o por odio o por utilidad. El odio por razones sociales; y la utilidad, por la necesidad en que vivían, pues al no sembrar la tierra, ni cultivarla, ni tener ganados, habían de buscar los alimentos quitándoles a los españoles lo que necesitaban para su subsistencia"¹⁶. Podemos imaginar al pueblo apache en una perenne hambruna de milenios, suplicando a Manítú que llegaran pronto los españoles, se pusieran a trabajar y ellos pudieran robarles. Si bien cabría preguntarse si eran españoles quienes producían o ellos expropiaban, a su vez, a terceros.

Bibliografía

- | | |
|---------------------------------|--|
| Carbia, Rómulo D.,
1944 | HISTORIA DE LA LEYENDA NEGRA HISPANO-AMERICANA, Madrid, Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 263. |
| Casariego, J.E.,
1941 | GRANDEZA Y PROYECCION DEL MUNDO HISPANICO, Madrid, Editora Nacional, 330. |
| Cuadra, Pablo Antonio,
1946 | ENTRE LA CRUZ Y LA ESPADA (MAPA DE LOS ENSAYOS PARA EL REDESCUBRIMIENTO DE AMERICA), Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 254. |
| Escobar López, Ignacio,
1953 | LA LEYENDA BLANCA, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 199. |
| Navarro, José Gabriel,
1955 | LOS FRANCISCANOS EN LA CONQUISTA Y COLONIZACION DE AMERICA (FUERA DE LAS ANTILLAS), Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 178. |

¹⁵ Ramiro de Maeztu, DEFENSA DE LA HISPANIDAD, Valladolid, 1938³, se, 193.

¹⁶ LA ULTIMA EXPANSION ESPAÑOLA EN AMERICA, Madrid, 1957, Instituto de Estudios Políticos, 51.

Pereyra, Carlos, 1930	BREVE HISTORIA DE AMERICA, Madrid, Aguilar, 749.
Pereyra, Carlos, 1942	LAS HUELLAS DE LOS CONQUISTADORES, Madrid, Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 317.
Sierra, Vicente D., 1955	ASI SE HIZO AMERICA (LA EXPANSION DE LA HISPANIDAD EN EL SIGLO XVI), Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 461.
Vasconcelos, José, 1952	BREVE HISTORIA DE MEXICO, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 558.